

FATAL

UNA CRÓNICA TRANS



CAROLINA UNREIN

CAROLINA UNREIN

FATAL

UNA CRÓNICA TRANS

PROLÓGO DE CAMILA SOSA VILLADA

 Planeta

Prólogo

Pienso que no hay manera más divertida y minuciosa de acercarse a la vida de una escritora que a través de sus diarios. Qué va, ya lo vimos con la Pizarnik, con la Anaïs Nin, ya leímos los cuadernos de guerra de la Duras. Sabemos que las escritoras enlazan algo al cuerpo de sus lectores, en ese movimiento de intimidad que ponen a circular como el polen en primavera. Podemos ver algo que la literatura, como la entendimos hasta ahora, nos escamotea por mala costumbre: saber quién está detrás escribiendo lo que tanto nos gusta. Los diarios han servido para comprobar que no es posible que solo importe el libro y no quien lo haya escrito. Que no se puede tratar a la escritura como esto que queda impreso en papel o visible en una página web y no como una vida que se escribe incluso sin escribir. Las escri-

toras no son de ninguna manera únicamente sus libros, son también sus vidas. Y aquí comienza la aventura de la joven Carolina Unrein, en esta crónica que tiene mucho de diario, que escribe un destello, un chispazo, en la brevedad y la impaciencia de una juventud atravesada por el pensar una y otra vez en su identidad, al punto de intervenir sobre su cuerpo, como una artista, lo que sabe de sí misma.

Quizás para las generaciones anteriores a ella, el libro renueve dolores, vuelva nítidas las faltas de las antiguas, las que conocieron un horror muy similar al que producen las guerras. El dolor por la tardanza de nuestros padres en llegar a nosotras tal y como éramos. Es posible que digamos: para esto hemos estado en las trincheras, para esto nos hemos arrastrado y escondido de la muerte. Y si cabe la posibilidad de que una de las recién nacidas cuente la otra historia, una más amable, menos brutal, entonces lo habremos hecho bien. Así saben las antiguas que no se trata solo de vivir la vida propia, que se es algo mucho mejor que eso, que se baila sobre la eternidad para que las que nazcan puedan también ser queridas.

Para sus contemporáneas, esta crónica breve,

llena de la brillante juventud de su autora, seguramente sea el punto de partida de una nueva ambición. Sabrán que no merecen menos que esto, que es a partir de aquí que vivirán su dignidad, su libertad y esa pregunta constante que es: «¿Quién soy?». Para todas las que nacerán en las páginas de este libro, ya está fundada otra manera de tratarse.

Pero lo más importante es lo que se dice acerca de la madre y el padre. Es posible no hacer caso. Es posible ignorar obligaciones normativas y desertar órdenes. No hay nada más saludable para una familia que desobedecer. Aquí se aprende que la educación de odio que nos dieron cada día desde que se invadió América es completamente despreciable e innecesaria en un mundo que se agota de su propio mal. Tanta es la diferencia que hace el aprender a ser padres de una travesti; de esa escuela siempre se sale siendo mejor. Y esta prologuera se atreve a disentir con la autora de *Fatal*: no hay experiencia más vital, querida Carolina, que leerte acompañada de esa forma por tu mamá y tu papá. No es posible que todo este diario sea más fértil. Es como una selva húmeda. Aquí no hay muerte. Se ha ido muy lejos y está

bien agitar la mano en señal de adiós. Toda tu experiencia no es más que la experiencia de una vida ya inmortal, en el principio del amor que te puso de pie.

Camila Sosa Villada

6 días después

El viernes, cerca de las diez, llegaron Fidalgo y Bustos a sacarme todo. Mamá y papá salieron. Me empezaron a sacar las vendas mientras yo miraba para el techo. Habían pasado siete días desde que estaba ahí, en esa habitación. Me moría de ganas de pararme, de caminar, de sentir los rayos del sol, de acariciar a mi gata. Pero todavía faltaba para eso.

En algún momento me sacaron el tutor y yo no me di ni cuenta, no lo sentí. En eso, Fidalgo me dice: «Te voy a sacar la sonda, esto va a doler, pero es un segundo». ¡Tac! Fue el segundo más espantoso de mi vida. «Está todo sequito, estás cicatrizando muy bien». Me preguntaron si quería verla y dije que no, después dije que sí, pero solo por foto. Me mostraron la foto que habían sacado para su registro y ahí estaba. «No es la

vagina que vas a tener, ahora parece que te pasó un camión por encima, pero de a poco se va a empezar a deshinchar y va a cicatrizar bien». Yo igual ya estaba curada de espanto, me había asegurado antes de irme a operar de buscar fotos en internet de chicas que habían subido sus procesos de curación para hacerme una idea de lo que me iba a encontrar.

Luego me explicaron que, de a poco, a mi ritmo y sin forzar, iba a tener que intentar pararme. Que podía ser que en una hora ya estuviera regia caminando, como podía ser que me tomara todo el día. Había estado acostada durante siete días, así que lo más seguro era que me mareara, probablemente me desmayara, pero la idea era prevenir que eso pasara.

Esa fue la parte más difícil. Volver a levantarse, renacer de una muerte, es lo más difícil de todo. Me levantaba para sentarme y me mareaba. Me acostaba, esperaba un ratito, lo volvía a intentar y pasaba lo mismo. Me podía la situación, lloraba sin parar, quería levantarme de una vez e irme. «Tranquila, Caro, tranquila, sé fuerte, ya vas a poder», me decía mamá. Le escribí a Fer, mi psicóloga, que me había estado acompañando en todo

este proceso y le dije que no estaba pudiendo levantarme.

«Es difícil nacer y más aún volver a hacerlo después de una muerte. Pero vos pasaste muchas cosas peores y fuiste muy fuerte. Tenete la paciencia que nunca te tuviste y, de a poquito, de a pequeños movimientos, convertite en la Caro que siempre quisiste ser».

No sabía muy bien cómo era la Caro que quería ser, pero sabía muy bien que era otra y que quería conocerla lo antes posible. Pero a la gente se le tiene paciencia, se le respetan sus tiempos, se va de a poquito, y yo no tenía por qué hacer una excepción conmigo misma.

Junté coraje. Junté toda la fuerza que tenía. Recordé todas las veces en las que había sido fuerte, recordé todas las veces que fueron peores. Y de a poco, me senté. Pude estar así sin marearme, así que me mantuve. Estiré una pierna hacia el piso, luego la volví a subir. Estiré la otra, lo mismo. Estiré las dos. Me mantuve. Me mareé. Me volví a recostar un ratito.

Mamá y papá estaban ahí. Viendo el noticiero, tomándose unos mates, juntando las cositas, siempre estaban ahí. Mamá me preguntaba todo el

tiempo si necesitaba ayuda. Cuando lo volví a intentar, ya había decidido que esta vez me iba a parar sobre mis dos pies, así que le pedí que me diera la mano. Pude, pero enseguida me volví a sentir mareada y pedí que me sentaran en el sillón, el mismo en el que ellos venían durmiendo esos días. Habían acomodado el almohadón posparto que el doctor nos había recomendado que compráramos para poder sentarme y dejar la nueva vagina al aire, para que cicatrizara bien, y me sentaron sobre él. Aun así estaba a punto de desmayarme, así que junté fuerzas una vez más y me paré para volver a la cama a recostarme. «Tranquila, Caro, tranquila. No hay apuro, nosotros te acompañamos, hacelo a tu tiempo». Con una lágrima cayendo por mi mejilla, me quedé acostada unos quince minutos más. Me volví a sentar, estiré las piernas y me volví a parar. Ya está. Probé caminar, y pude.

De a ratos dolía estar parada y todavía me sentía un poco volada, pero estaba ahí, sacando fuerza de no sé dónde, caminando, existiendo, con papá agarrándome de una mano y mamá de la otra. Éramos una pintura renacentista. Había vuelto a nacer.

Los días siguientes en La Plata son los que recuerdo con más ternura. Nos quedamos en un departamento muy moderno, con muy linda iluminación y en el que me hubiera gustado vivir. A veces, cuando tengo que pensar en lugares seguros o felices para ejercicios de meditación o ese tipo de cosas, automáticamente voy a ese departamento. Tal vez porque creo que nunca me había sentido tan cuidada, tan contenida, tan amada por otros y por mí misma como ahí. Todo con una fortaleza que había ganado en los días de internación. Volví a ser una nena esos días ahí, tuve que volver a caminar y pedir ayuda para todo, incluso para bañarme.

Eso, el baño. Cuando llegamos a ese lugar, lo primero que hicimos los tres fue irnos a dormir una siesta. En un momento, me mataban las ganas de ir al baño, sentía que me estaba por explotar la vejiga. Me estaba conteniendo desde que me habían sacado la sonda de la uretra, y como solo había estado pasando líquidos por el cuerpo todos esos días, en un par de horas ya estaba llena de vuelta. Además, todavía no reconocía cómo se sentía tener ganas de hacer pis con mi nueva genitalidad.

De a poquito me levanté, mamá me preguntó si necesitaba ayuda y le contesté que no. Quería hacer algunas cosas sola. Ella lo entendía, pero aun así quería asegurarse de que yo supiera que estaría a mi lado para cualquier cosa que necesitara. Fui al baño con mucho miedo, no sé por qué pensaba que se me iba a caer algo. Como no estaba todo cicatrizado y era muy reciente, flasheé que algo se iba a desprender. El doctor me había advertido que los primeros meses hacer pis iba a ser muy raro. Básicamente, iba a mear como un rociador, porque la vagina estaba todavía muy hinchada y eso hacía que saliera el pis para todos lados. Y así fue. Y se sintió raro no ver de dónde salía la orina ni dónde me estaba secando, o secarme, directamente. Y estuve un rato largo ahí, pero no pasó nada. Estaba todo bien. Respiré. Volví a la cama a paso lento y me acosté otra vez, muy despacito.

Cuando nos levantamos, le pedí a mamá que me ayudara a bañarme, era lo que más anhelaba. Tuvimos que tener cuidado de no mojar nada entre el ombligo y la rodilla, a pedido del doctor también. Me lavé el pelo como pudimos, las axilas, la cara, los pies. Y enjuagamos el Pervinox que me había quedado en todo el muslo y que me

daba un terrible asco, obvio que con total cuidado para no mojar el área operada. Me mareé un poquito porque la ducha caliente te sube la presión, y creo que me volvió la sangre a un montón de lugares a los que hacía casi una semana que no llegaba. Después, también a pedido del doctor, con un secador de pelo echamos aire ahí por unos segundos para que no quedara tan húmedo. Luego me sequé el pelo con la ayuda de uno de esos cepillos cilíndricos de peluquería que mamá había comprado una vez pero no había usado nunca. Me maquillé los labios de color rojo y me puse un pulovercito lindo.

«Pero, Caro, ¿para qué te maquillás tanto si no vamos a salir a ningún lado?».

No sé por qué no entendía mi necesidad de sentirme limpia y bella en este nuevo cuerpo, creí que era obvio. Ahora leyendo esto capaz sabés, mami.

Los días que siguieron fueron de puro amor y de poner el foco en toda la comida que no había podido comer internada. Sándwiches de miga, facturas, café, milanesas, fideos, arroz. Fueron las mejores comidas de mi vida. No por lo rico, porque de hecho ninguno de esos platillos fue mucho

más sabroso que los que acostumbraba comer, sino porque anhelaba volver a probar harina y cosas sólidas. Nada se compara a las primeras comidas después de haber renacido.

El segundo o tercer día vinieron los docs al departamento para ver si me estaba curando bien y presentarme al señor dilatador pequeño y sus hermanos, el señor mediano y el señor grande. Ah, porque el laburo que tenemos que hacer las mujeres trans que nos operamos es ese: dilatarnos la vagina para mantenerla abierta.

El primer mes, según las indicaciones de Fidalgo y si mal no recuerdo, tenía que dilatarla tres veces por día con el dilatador pequeño y el mediano, diez minutos con cada uno. Después, más adelante, incorporaría el grande y reduciría la frecuencia. De tres veces por día pasaría a dos veces, luego una vez por día, luego cada dos por tres y por último una vez por semana. Todo eso me lo indicaría bien él. Pero en ese momento me dijo que empezara con el más chico los días que estuviera ahí, para familiarizarme con la sensación y con todo el proceso que era presionar un miniconsolador y mantenerlo firme, sin moverlo, en una vagina recién operada.

Familiarizarme con eso fue, en parte, conocer lo que le pasaba a mi cuerpo. Era necesario estar relajada y respirar hondo para no causar dolor y tensión innecesaria en la cavidad vaginal. Ponía un preservativo en el dilatador, por una cuestión higiénica, y un poco de lubricante. Con la ayuda de un espejo, al menos las primeras veces, medía dónde estaba el agujero (porque hay chicas que por error lo ponen en la uretra) y, sin mirar (porque me impresionaba), lo mandaba. No sentía dolor. Es una operación que, en general, se vive sin mucho dolor.

La parte dolorosa y angustiante pasa por otro lado, es psicológica. Te hacés de hierro por todo lo que tenés que pasar emocionalmente.

Y así fue. Con una jeringa y un poco de Furacín dos veces al día, comiditas ricas, una pequeña salida a un Burguer King, un poco de tele, un par de partidas de chinchón y algunas películas los tres juntitos, los días se pasaron volando. Volvieron Bustos y Fidalgo para chequear que estuviera todo ok y como vieron que sí, nos devolvieron para Entre Ríos.

Nunca sentí tanta cercanía con papá y mamá. Nunca los amé tanto. Nunca estuve tan segura de

una decisión que había tomado. Nunca tanta nada. Fue la experiencia más intensa, más dolorosa y más feliz de toda mi vida. La repetiría una y mil veces, me iba convencida de eso. No por una cuestión sadomasoquista de querer volver a pasarla mal por los días de internación, sino por todo lo bello que fue.

Fue la experiencia más fortalecedora y sanadora de toda mi vida, y la atravesé acompañada de las dos personas que más amo en este planeta que —¡oh, casualidad!— son las mismas que me criaron y me dieron de comer, tanto ahí en La Plata como durante toda mi vida y en todo lugar. Y por eso, gracias.

No hay libros, palabras ni dedicatorias suficientes para agradecer a mi papá y a mi mamá por ser nada más y nada menos que eso: mi papá y mi mamá, con todo lo que implica, que es un montón.